



610389

CUATRO POETAS CHILENOS OLVIDADOS

Por Rodrigo Venlugo

Dentro de un panorama general de la poesía chilena, aparecen nombres ligados tanto al interés de los bibliófilos como al de un reducido número de lectores, y que frecuentemente sufren arbitrarias omisiones por parte de antologías de orden oficialista. Tal es el caso, por ejemplo, de Gustavo Ossorio, Jaime Rayo, Boris Calderón y Heriberto Rocuant. Este rincón de poetas está revestido por distintas características; son autores cuyas obras fueron producidas entre las décadas de los años cuarenta y cincuenta, que contribuyeron a enriquecer y perfilar una vanguardia chilena y latinoamericana. Por otra parte, la mayoría de ellos fueron lectores de los románticos alemanes y de los simbolistas franceses. Otra característica predominante es que estas obras no han sido ni recitadas ni estudiadas, lo cual se debe a que vivimos en un país amnésico, donde existe un verdadero culto al facilismo y una mirada incomprensiva respecto de la praxis literaria.

En este obsesivo empeño por exhumar autores, empecaremos con el primero de ellos, Gustavo Ossorio (1912-1949), autor de tres libros *Presencia y Memoria*, de imprenta Alhau, 1941; *El Sentido Sordido*, de imprenta Alhau, de 1947. Ambos fueron prologados por Rosamel del Valle y Humberto Díaz-Casamueva. Por último, *Contacto Terrestre*, fue publicado en forma póstuma por la colocación de poesía universal de la revista *Orfeo*, en 1968.

La obra de Ossorio está ajustada por una conciencia radical de la angustia, transformándose en un macarismo de conocimiento y de aproximación a un todo velado. Desde su primer libro, existe el desplazamiento de un carácter ontológico; la recurrencia de ciertos términos e imágenes como confusión, destrucción, turbación, temor, presencia, etc., que funcionan como categorías dentro de esta búsqueda metafísica, y también del fuego, la sal, la ceniza, el vapor, la transparencia, que son verdaderas claves sintomáticas de un permanente estado de abatimiento, desesperación y abandono. Hay una trágica percepción del devenir (*no sé que se puede sentir cuando a través / de las paredes nave una soledad / y la mano impenetrable / que guía los huesos hacia el silencio*).

Un desvanecimiento impreciso, la incertidumbre, la imposibilidad de una visión religiosa, sólo hay extraños creencias. Ciertamente, en esta búsqueda de absoluto, Ossorio está dando crueles señales, fijándose dentro de un punto intermedio, en que todo emerge y toda forma parte de una realidad, un mundo donde sólo se puede estar puesto a prueba, mundo que es verificable a través de los ritos y revelaciones. De ahí que Ossorio no repare tanto en el ser sino que en la presencia y en la permanencia, una realidad que se compone de peligros, riesgos, temores, cuyo trasfondo perpetuo es buscado en medio de una precariedad cognoscitiva (*Las cosas que ignora sacan como una sal en mis sentidos*).

Quizás sea *El Sentido Sordido*, su obra más importante. Allí se potencia la rigurosidad de su búsqueda, oscilando entre la elevación y la angustia, densificándolas aún más. En este sentido, siente un apogeo sustancial (*hemos aquí soberanos del delirio / para igualar las formadas y la ruina sorda / libres de las pies que agobian con su falsa esperanza / libres de la sangre que desmarcha / con nuestra lie sin juicio / con nuestros cuerpos almirados por la contemplación*). No escape tampoco de las continuas asechanzas malignas que lo azotan, llegando a veces a buscar una liberación o la gracia (*venen viendo las fuerzas que nos devoran a grandes dentelladas / y nos alejan del mal / calladamente*).

Ossorio se ubica en ese punto intermedio, donde también lo que emerge, pasa por el peligro de ser intransmisible. Las cosas son traspasadas por el enigma (*así el borde uredo en su muerte / mientras la sombra habita su materia*). Nos parece imprescindible reproducir algunas palabras del prólogo de Humberto Díaz-Casamueva: "No hay fenomenología aquí ni realismo cristiano, sino tensión constante y atención radioscópica para captar lo que transurre debajo y encima de los muros terrestres, vivencias que no excluye y que por el contrario, acepta como prebatorias de su propio espíritu".

Sin duda Ossorio está emparentado, por la connotación metafísica de su obra, con poetas como Humberto Díaz-Casamueva y Rosamel del Valle, pero se distingue de ambos porque no trata de reestructurar una visión mística, y en su poesía hay una reducción de elementos, salvo algunos que se repiten como las llaves, espadas, limpiers, etc. Y quizás coincide con los surrealistas, en que existe un punto máximo donde se reúnen lo visible y lo invisible. De ahí se justifica su participación en la revista cinco y seis del grupo de *La Mandrágora*.

Por último, encontramos en la poesía de Ossorio un hablante ya predestinado a esta tarea (*tergo sin embargo inesperados gozos / mi espíritu advierte los sumergidos fulgures / y reconoce a los mensajeros del día lejano*). Ossorio

DERRANTE Nº 4 (NOV. 2001)

Cuatro poetas chilenos olvidados [artículo] Rodrigo Verdugo

Libros y documentos

AUTORÍA

Verdugo, Rodrigo

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Cuatro poetas chilenos olvidados [artículo] Rodrigo Verdugo

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile